



**Por una historia *profesional* y  
*cívicamente responsable*:  
los primeros años de la Nueva  
Escuela Histórica**

---

**María Carla Galfione**

*Práticas da História*, n.º 17 (2023): 233-261

[www.praticasdahistoria.pt](http://www.praticasdahistoria.pt)

## María Carla Galfione

### Por una historia *profesional y cívicamente responsable*: los primeros años de la Nueva Escuela Histórica

---

La Nueva Escuela Histórica nucleó a un grupo de historiadores argentinos, desde la segunda década de siglo XX, que, de la mano de un amplio despliegue institucional e importantes proyectos de difusión, buscaban definir con precisión los márgenes de la disciplina. El artículo avanza en la exploración de las condiciones que se establecen para el saber histórico durante los primeros años de la Escuela, considera los supuestos historiográficos que se van asentando y los articula con las pretensiones de asignar a la disciplina un rol protagónico en la vida política de la nación. Allí, la cuestión de la nación cobra protagonismo y, con ella, la consideración específica de la temporalidad en juego, que reconfigura el marco conceptual básico para la comprensión de la historia. A la luz de esas reglas y condiciones, el artículo se detiene en particular en el relato de la historia colonial como una historia elaborada en y para un presente. Se reconoce cómo se ejercitan aquellas normas historiográficas y cómo, en sintonía con la posibilidad de pensar desde un nuevo marco temporal, el historiador se convierte en el agente autorizado para el modelado de la subjetividad requerida por la nación. Palabras claves: historia, profesionalización, nación, temporalidad.

---

### For a *Professional and Civically Responsible History*: The First Years of the New Historical School

The “Nueva Escuela Historica” brought together a group of Argentine historians, from the second decade of the 20th century, who, with a wide institutional deployment and important diffusion projects, sought to define precisely the margins of the discipline. The article advances in the exploration of some of the conditions that are established for historical knowledge during the first years of these school, it considers the historiographic assumptions that are being established and articulates them with the pretensions of assigning a leading role to the discipline in the political life of the nation. In this articulation, the question of the nation became protagonist and, together with it, the possibility of recognizing there the deployment of a specific consideration of temporality, which reconfigures the conceptual framework, basis for the understanding of the history. In the light of these rules and conditions, the article focuses in particular on the account of colonial history as a history elaborated in and for a present. It is recognized how those historiographic norms are exercised there and how, in tune with the possibility of thinking from a new time frame, the historian becomes the authorized agent for the design of subjectivity required by the nation. Keywords: history, professionalization, nation, temporality.

# Por una historia *profesional* y *cívicamente responsable*: los primeros años de la Nueva Escuela Histórica

María Carla Galfione\*

La historiografía o, mejor, los modos de historizar convocan constantemente nuevas reflexiones. Incluso parece ser uno de los grandes temas de nuestra época, probablemente como efecto de cierta experiencia compartida en relación a cómo vivimos el tiempo hoy, a la percepción de estar atravesando una transformación que nos abisma respecto de los modos anteriores de concebirlo. Y esto, si afecta nuestras más íntimas percepciones, inmediatamente retumba en nuestros problemas y objetos de trabajo, reflexión e investigación.

En esa línea se despliega lo que sigue. Interesa aquí avanzar en la indagación acerca de un problema u objeto en particular: la propuesta historiográfica que fue leída como experiencia fundante en lo que hace a la historia como disciplina académica y profesional en Argentina, se trata, puntualmente, de la propuesta de la llamada Nueva Escuela Histórica (en adelante NEH). Hacia la segunda década del siglo XX, en las universidades de Buenos Aires y La Plata nos encontramos con una importante concentración de esfuerzos que, de la mano de algunas condiciones contextuales de posibilidad y un nuevo escenario filosófico

\* María Carla Galfione (carlagalfione@yahoo.com.ar). IDH-CONICET, Universidad Nacional de Córdoba, Pabellón Agustín Tosco s/n piso 1, Av. Haya de la Torre s/n, Ciudad Universitaria, Código postal X5000HUA, Córdoba, Argentina. Original article: 10-5-2023. Revised version: 30-6-2023. Accepted: 3-7-2023.

e intelectual de referencia, se orientan a la formulación de un modelo para los estudios históricos. En el marco de lo que eran todavía estudios poco sistemáticos de un campo sin contornos delimitados, se reconoce la voluntad de dar lugar a lo que se presenta como una innovación en el modo de comprender el saber histórico, con importantes consecuencias en lo que hace a la definición de la historia misma.

La novedad es manifiesta en términos epistemológicos y epistémicos, y tiene consecuencias marcadas en lo que hace a la definición del rol del saber histórico en las sociedades y tiempos en los que se desarrolla. Es probable que sea imposible distinguir ambos aspectos. En lo que sigue avanzaremos en esa exploración intentando reconocer cuáles son las nuevas reglas de la disciplina y cómo éstas se comprometen con la posibilidad de definir la nación. La NEH organiza sus estudios de la historia argentina en dos grandes capítulos, la historia colonial y la de la independencia. Revisaremos rápidamente el modo como se refieren al primero de esos objetos, a modo de ejemplo, para reconocer allí el uso efectivo de las normas del saber histórico. Sin embargo, es probable que esa aproximación también sugiera a algunos elementos que ayuden a reconocer el modo cómo esta escuela asume su tarea ante un presente.

En términos generales, la lectura que se propone aquí se despliega desde una perspectiva que retoma aportes variados de la historia intelectual, aunque con cierta libertad. Elementos conceptuales se vinculan con otros de tipo material, apostando a reconocer cierto entramado de sentido que se va conformando en esa articulación.

## 1.

La NEH es presentada usualmente como un movimiento de renovación historiográfico, que tuvo lugar principalmente en las universidades de Buenos Aires y la Plata entre la década de 1910 y 1930. Aunque estos márgenes geográficos y temporales son un poco laxos. Su principal objetivo, que en general se valora consumado, se habría concentrado en definir las bases de la disciplina histórica en el país. Es recurrente que se lean sus resultados en términos de “profesionalización” de la

historia, señalando que esta experiencia fue condición para que este saber alcanzara estatus científico. Con ciertas definiciones novedosas y con la ocupación de importantes espacios institucionales por parte de quienes las enunciaban, el saber histórico delimitó ciertas reglas y roles o funciones que establecieron lo que se entendía por “hacer historia”. Esas reglas definían los períodos a estudiar, los materiales, el tipo de preguntas e investigación a realizar y justificaban las funciones asignadas a este saber.

Entre sus mentores encontramos los nombres de Ricardo Levene, Emilio Ravignani, Rómulo Carbia, Diego Molinari y Luis María Torres, aunque la nómina de autores próximos es bastante más amplia. Todos ellos, egresados de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales en la Universidad de Buenos Aires en las primeras décadas del siglo XX, fueron ingresando a la docencia universitaria, ya en la Facultad de Filosofía y Letras de esa misma universidad, ya en la Universidad de la Plata, en la década de 1920. Proviendo de otras disciplinas, ya que la facultad en donde se impartiría tiempo después la carrera de historia recién se crea en 1896, no poseían entonces formación específica; no obstante, sus aportes fueron nodales en lo que hace a la configuración de este saber, la ausencia de un territorio definido y normalizado posibilitó que pudieran convertirse rápidamente en protagonistas de ese proceso.

Levene y Ravignani fueron quienes más peso tuvieron y esto se vincula íntimamente con los lugares institucionales que ocuparon: decanos en las facultades de Humanidades y Filosofía de la UNLP y la UBA, respectivamente. Esos decanatos se complementan con la creación y dirección de otras instituciones derivadas, como el Instituto de Investigaciones Históricas, en la UBA, o la Junta de Historia y Numismática, pero más incluso con empresas editoriales de gran tenor, como el *Boletín del Instituto* y la Biblioteca de Libros Americanos, o como la revista *Humanidades*, en La Plata. Todo este despliegue, que es acompañado de una intensa labor investigativa y la publicación constante de resultados, ya en forma de artículos, libros, colecciones o manuales, ubica a este grupo en el centro de la escena historiográfica, aunque probablemente más allá de ésta también. Y con ello nos referimos al

campo académico de las facultades en las que trabajaban y a algunos espacios de decisión política.

Entre nosotros, quienes se han ocupado de historizar la NEH en general sostienen que, parafraseando a Pablo Buchbinder, se trata de la primera escuela de profesionales de la historia. Reconociéndose deudores de esa impronta, y esto no parece menor, suelen referirse a ellos subrayando el carácter *profesional* y *científico* de su obra. Una constante llamativa en la mayoría de los estudios y artículos disponibles sobre la NEH es la enumeración y el repaso por sus obras, empresas y espacios institucionales, sin detenerse, sin embargo, en la consideración de los supuestos que operan en esa definición y que, por ejemplo, permitirían llamar a los historiadores anteriores “ensayistas”, como lo hace Fernando Devoto, o “aficionados”, marcando un límite que se revela inspirado por la impronta de aquella Escuela.<sup>1</sup> En estos casos, la atención puesta sobre las condiciones institucionales oblitera la pregunta acerca de qué se entiende por “profesional” o, de manera más general, desvía el interés respecto del modo en que, a través y en sintonía con esa reforma institucional, se elabora una definición para el saber histórico y se habilitan las condiciones para que esa misma definición, por su anclaje institucional, se vuelva la base de un ejercicio “profesional” de la historia.

Avanzando un poco más sobre este asunto, Buchbinder hace notar la centralidad que entonces se le daba a la historia en la construcción de la conciencia e identidad nacional entre nosotros, hacia fines del siglo XIX y principios del XX; protagonismo disciplinar que tenía como consecuencia que sobre los *cultores de la disciplina* recayera “una responsabilidad no sólo académica sino también esencialmente política”.<sup>2</sup> Este historiador nos alerta sobre dos cuestiones centrales: primero, que los intelectuales vinculados a la NEH son considerados “cultores de la disci-

1 Fernando Devoto y Nora Pagano, *Historia de la historiografía argentina* (Buenos Aires: Sudamericana, 2009), 127. El trabajo de Beatriz Martínez en torno al debate desplegado entre Carbia y Ravignani es una de las excepciones, en tanto avanza en el rastreo de las marcas de la filosofía de Croce entre los autores mencionados. Beatriz Martínez, “Los fundamentos filosóficos de la nueva escuela histórica a través de la polémica Ravignani-Carbia (1925-1927)”, *Anuario de Estudios Americanos* 44 (1987): 1-31.

2 Pablo Buchbinder, “Entre la historia, la política y las aulas: reflexiones sobre la trayectoria”, *Polhis* 25 (2020): 48-49.

plina”. Con lo cual estaríamos suponiendo que el saber histórico requirió en sus definiciones iniciales de ciertos hombres que se dedicaran específicamente a su modelado. Pero al mismo tiempo, y esta es la segunda cuestión, se introduce aquí una referencia al vínculo entre esa historiografía y lo que se consideraban necesidades institucionales y políticas del momento en que se despliega, sobre todo atendiendo a la relación entre el saber histórico y la formación de la cultura nacional. En ese marco, aunque Buchbinder no avance en esta dirección, queda planteada la sugerente posibilidad de preguntarnos no sólo por esas reglas que fueron definiendo la disciplina de la mano de esta Escuela, sino también cómo aquellas estuvieron ligadas a esa función política con la que se vincula el desempeño de algunos de sus principales representantes.

Asimismo, los historiadores reconocen algunos antecedentes de esta escuela, aunque cueste llamarlos propiamente “antecedentes”. Es el caso de la historiografía positivista. Tal como lo afirma Fernando Devoto, en sintonía con las lecturas más establecidas, hay escasa continuidad entre ambas líneas historiográficas. Ese modo de hacer historia “dejó pocas secuelas en la historiografía sucesiva”, desde el momento en que los historiadores positivistas “generaron poca curiosidad entre los historiadores profesionales, convencidos de que sus obras tenían poco que ver con la historia en tanto disciplina metódica y rigurosa”.<sup>3</sup> Si, nuevamente, encontramos aquí aquella lectura que supone ya una definición de historiador profesional, dentro de la cual caben algunos autores y no otros –descuidando que los que caben en la categoría son precisamente quienes construyeron el concepto en un marco teórico y a partir de una cierta definición de ese saber y su objeto–, vemos cómo, incluso, parece factible distinguirlos de su contexto intelectual, con cierta pretensión de rigurosidad. No se nota en esto el hecho de que se trató de contemporáneos que convivieron en espacios institucionales y de sociabilidad y que aquellas definiciones muy probablemente fueron objeto de diálogo, debate, enfrentamiento, afectadas por un determinado marco de acontecimientos históricos. En una palabra, no se da cuen-

<sup>3</sup> Fernando Devoto (comp.), *La historiografía argentina en el siglo XX* (Buenos Aires: Centro Editor de América Latina 2006), 127.

ta del carácter construido, con todo lo que eso implica, *cultivado*, ni de la propia categoría historiográfica, ni de aquel concepto en su tiempo.

En Argentina, los primeros pasos de la NEH son contemporáneos de la ley de universalización de sufragio y la celebración de las primeras elecciones bajo esta legislación. Habían cambiado radicalmente las condiciones de la política y, para algunas miradas poco convencidas del cambio, esto significaba su desmembramiento, el primado de los particulares o la pérdida de algún principio de unión, entre otras cosas. Y quizás la visión de desamparo que dejaba la Gran Guerra, el cimbronazo de la Revolución Bolchevique y, entre nosotros, el ascenso de la conflictividad social, hacía pensable la necesidad de rearticular el cuerpo social con algún sentido de unidad. Es claro, es el tiempo de los nacionalismos y nuestro país no queda afuera de ese clima. Pero también es verdad que esa conflictividad venía siendo abordada por perspectivas ligadas a lo que Zimmermann llamó “liberalismo reformista”, que, si ponía los saberes al servicio de la “cuestión social”, era a costa del primado de la noción de “sociedad” sobre la de “pueblo”.

Lo interesante aquí es que la historiografía que pasó a la historia como el modelo “profesional”, que sembraría las bases de la disciplina para el resto del siglo, no escapa, no puede hacerlo, a estas condiciones y en parte es desde éstas que tiene sentido aquella referencia a su vínculo con la identidad nacional. Son sus propias condiciones y, en consecuencia, es probable que sus objetivos y desarrollo deban ser comprendidos en ese marco. En especial, el hecho de que hiciera falta proclamar que la historia que se proponía era una disciplina profesional, y por ello autorizada, la única autorizada hasta el momento, no puede ser visto sólo como la reproducción de normas propias de ese saber, definidas en Europa, como sugieren algunas lecturas. Conflictividad y dispersión social parecen ser dos elementos ineludibles de su marco de sentido.

Pero junto con esto se revela otra condición, que puede verse como un giro o una transformación en términos de racionalidad o lógica, que afecta centralmente la percepción de la temporalidad. Nos concentraremos en esto en lo que sigue, pero vale la pena nombrarlo aquí como posible elemento constitutivo de estas condiciones que torsionan sobre

una definición del saber histórico, en la medida en que no sólo fija un nuevo marco de comprensión, sino que opera como base del protagonismo generacional que se adjudican los autores de la NEH y, con ello, de la centralidad que esperan tener en el espacio cultural.

## 2.

Un intento de diferenciar y regular los diversos estudios del pasado se encuentra en un texto emblemático de la Escuela, el *Manual de historia de la civilización argentina*, de 1917, en el que Carbia reúne escritos de diversos autores de la Escuela.<sup>4</sup> Allí se observa una insipiente voluntad de temporalizar en función de ciertos criterios del historiador, algo que sería una tónica constante, y quizás la más contundente, de los diversos intentos de delimitar el saber que propone la Escuela. En el manual se afirma la necesidad de distinguir épocas, a modo de explicitación de ciertas condiciones básicas del quehacer del historiador: allí se habla de “prehistoria”, “protohistoria” e “historia”. Si bien la precisión para delimitar los tres momentos es escasa, sí se deja en claro, en función de la consideración del propio objeto de trabajo, que tanto la época previa a la llegada de los españoles y la constitución de América como continente, cuanto los primeros años de este proceso de “descubrimiento” y “exploración”, corresponden a las primeras épocas, prehistórica y protohistórica, sin, por ello, ser parte de la historia. Se estipula para esto un criterio: aquellas son estudiadas por tradiciones y leyendas y se requiere de investigaciones de las del tipo que se despliegan en torno al devenir del *homo sapiens*. Son la geología, la paleontología-botánica, la antropología, la etnología, la etnografía, la arqueología prehistórica y la lingüística las disciplinas que se requieren aquí, y no, todavía, la historia, que será de utilidad recién para abordar el tercer momento.

4 Tal como se irá notando, tomamos este texto como base, pero articulamos esa lectura con un variado material de los diversos representantes de la Escuela. En ese sentido, intentando reconocer cuán instalada está la posición que mostramos aquí, en el ambiente intelectual porteño, recurrimos a diversas revistas de la época: *Verbum*, *Síntesis*, el *Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*, *Valoraciones*, *Humanidades* y los *Cuadernos del Colegio Novecentista*. Ni los artículos escogidos, ni estas publicaciones agotan en absoluto el material con que puede abordarse esta cuestión.

El tiempo de la historia se delimita en función de la presencia de escritura, entendiendo por ésta, en este caso, el sistema sígnico portado y reproducido por los españoles. La escritura es el criterio de la historia porque desplegaría los elementos necesarios para su estudio científico. Y, por eso, no se destaca tanto como signo de civilización, sino más bien como posibilidad de conocimiento. Es sabido, y repetido por varios estudiosos, el lugar que la Nueva Escuela Histórica le dio al archivo, el archivo como institución y el archivo como conjunto de fuentes.<sup>5</sup> Fuentes escritas sin las cuales la tarea del historiador carecía de todo sustento científico. Son numerosos los trabajos de aquellos protagonistas en que se enfatiza la disposición de “información” o fuentes para dar cuenta de la científicidad de la nueva propuesta historiográfica y avalar los resultados obtenidos. No obstante, ese material no resulta concluyente para el conocimiento histórico, sobre él se ejerce una tarea crítica, podría decirse, a sabiendas de que esa noción requiere algunas precisiones. La crítica, al menos en principio, convoca un criterio poco definido, vinculado al trabajo interpretativo del investigador.

Los hechos, eso sobre lo que se busca información en los documentos del archivo y que los autores de la NEH tanto reclaman, sólo cobran el estatus de hechos históricos cuando han sido descriptos. Algo que nos pone ante otra condición, que resulta realmente novedosa respecto de los modos en que, en el siglo anterior, se había relatado la historia. La historia ahora es, a sabiendas, interpretación.

Estos historiadores destinan algunos trabajos a explicitar los elementos teórico-metodológicos que les permiten configurar y delimitar el ejercicio *profesional* de su tarea. En esos desarrollos, si puede advertirse un importante parecido con los debates que entonces tenían lugar en Europa de la mano de una revisión crítica del modelo propuesto por Ranke, se destaca en especial la explícita y constante referencia a Croce. No es nuestro objetivo hacer un trabajo de recepción o revisar

5 Alejandro Cattaruzza se ocupa en particular de presentar lo relativo al aporte de la NEH en lo que hace a los archivos, a su paso del dominio privado al estatal. Junto con esa labor, y en esta misma línea, se destaca la edición de manuales, pero fundamentalmente la reproducción de documentos históricos. Alejandro Cattaruzza, “La historia y la profesión de historiador en la Argentina de entreguerras”, *Saber y tiempo* 12 (2001): 107-139.

los vínculos de la NEH con los debates historiográficos europeos que eran contemporáneos de las formulaciones de sus autores en estos años, por más pertinente y necesario que lo consideremos, pero es preciso advertir que sus formulaciones de los argentinos se mueven sobre el piso de esos desarrollos. En particular, ellos recuerdan con frecuencia los nombres Croce y, en menor medida, con Ortega y Gasset, presentados por lo general como autoridades o maestros. Algo que también puede verse, en el mismo escenario, para el caso de la filosofía. Comenzando por el nombre mismo que adopta la Escuela, son varios los elementos que parecen ser utilizados adrede para establecer vínculos con los teóricos europeos y presentarse inmersos en la contundente renovación que entonces tenía lugar en lo que hace al saber histórico y a sus supuestos de temporalidad.

En una mirada muy general de la historiografía europea, cabe destacar que abunda conocimiento de la historiografía alemana. En particular, sobresale la figura de Ernesto Quesada, un intelectual reconocido como maestro por los autores de la NEH, que, luego de su visita a Alemania, publica en 1910 *La enseñanza de la historia en las universidades alemanas*, en donde propone el de Karl Lamprecht como modelo a seguir. Y no es para nada menor esto, en la medida en que el alemán ocupa un lugar protagónico en el impulso que recibió la revisión de la historiografía de Ranke, con importante repercusión en otros países de Europa y América. Del mismo modo, dos autores europeos con repercusiones importante en este terreno, como lo fueron Altamira y Ortega y Gasset, tuvieron una íntima relación con la intelectualidad argentina de la época, impartiendo conferencias y cursos en el país en diversos momentos. En particular Altamira, habría dictado un curso sobre historiografía en la Universidad de la Plata en 1909. La historiografía francesa, por su parte, se asoma de la mano de Berr y Monod. El *Boletín del Instituto de Estudios Históricos*, que comienza a editarse en 1922, contiene crecientes referencias a bibliografía extranjera, tanto europea como norteamericana y latinoamericana. En particular, destacamos el vínculo de esa publicación, y a través suyo de la NHE, con la *Revue de synthèse historique*, que condensaría las discusiones

historiográficas a partir del 1900, atravesando las fronteras nacionales para reunir a Berr, su director, y Monod, con Croce y con Lamprecht, entre otros. La *Revue* es objeto de canje con el *Boletín* al menos entre 1925 y 1928, y hay referencias intermitentes a la revista francesa en la sección de notas bibliográficas del *Boletín* hasta 1935, al menos.<sup>6</sup> Por su parte, Croce, dijimos, es una figura recurrentemente citada, además de que hay documentos que evidencian su constante presencia entre los autores más leídos en la carrera de historia de la Universidad de Buenos Aires. Y en particular, es un autor, como dijimos, junto con Ortega y Gasset, cuya recepción fue objeto de debates entre los intelectuales y académicos de entonces.

En línea con la propuesta historiográfica que se esboza de la mano de estos aportes, son recurrentes entre nuestros autores las consideraciones en relación con el rol que cumplen los documentos y el tipo de trabajo que requieren. La simple ordenación de documentos, dice Ravignani, reduce este saber a “narraciones vacías”.<sup>7</sup> Las aptitudes personales del historiador, en parte innatas, en parte formadas, son valoradas como condición de la historia, en tanto transforman las fuentes en *documentos*. La historia, afirma contundentemente en 1924 Narciso Binayán, un autor muy próximo a la escuela, “está en la cámara mental del historiador y no en el documento”.<sup>8</sup> El historiador debe ordenar,

6 Es un capítulo importante, y aún por explorar, el del vínculo con el proyecto de Henri Berr, en Francia. Si bien las referencias explícitas a esa línea teórica son pocas entre los autores de la NEH en estos años, hay diversos elementos que permiten hipotetizar un interesante paralelismo con ésta. Ese vínculo se evidencia a través de la correspondencia relativa a canjes de las publicaciones de los dos grupos, pero puede sugerirse aún que los argentinos encontraban en aquel proyecto un modelo a seguir. Y esto se podría evidenciar más que nada en lo que hace a la intervención que protagonizó Berr con su revista, con su centro, con su colección y conferencias, entre otras cosas. En ese mismo sentido, otro elemento para profundizar radica en la apuesta interdisciplinaria del proyecto francés, algo que se replica en el caso argentino en el fluido diálogo de estos intelectuales tienen con representantes de otros saberes, sobre todo en el ámbito universitario, pero también en algunos otros proyectos. El análisis de esta dimensión probablemente aporte elementos importantes a la hora de ocuparnos de la “profesionalización”. Sobre el proyecto de Berr, en particular la *Revue de synthese historique*, puede consultarse Martin Fugler, “Fondateurs et collaborateurs, les débuts de la *Revue de Synthèse Historique* (1900-1910)”, *Revue de synthese*, I y II (1996): 173-188. Respecto de los canjes y la correspondencia entre argentinos y franceses, agradecemos la información a las bibliotecarias del Servicio de Referencia de la Biblioteca del Instituto Ravignani.

7 Emilio Ravignani, “Vislumbre de nuevas orientaciones del concepto de historia”, *Verbum*, 64 (1925): 203.

8 Narciso Binayán, “Los fragmentos históricos en la Argentina”, *Valoraciones*, 5 (1925): 211.

pero sobre todo dar sentido, hacer *síntesis*, crear *series* de hechos únicos y *característicos*. La historia, sostienen mientras dicen diferenciarse de las corrientes de sus maestros, no trabaja con generalidades, ni a partir de leyes ya definidas, pero tampoco se conforma con hechos sueltos y dispersos. La tarea del historiador consiste en recuperar la variedad para ordenarla y sintetizarla, volverla realidad. Si en un primer momento parece suficiente apelar a la noción de “serie”, que, según algunos autores, tomarían de Xenopol, para referirse a los encadenamientos de los hechos individuales, y, siendo obra del historiador, podría volverse una buena expresión de la confluencia de hecho e interpretación, también se advierte la dificultad que esto supone. Desconfiando de la objetividad del conocimiento, se advierte que la confección de las series puede quedar a merced del juicio particular del historiador de no seguirse ciertas condiciones. Los pasos del estudio histórico se fijan con cuidado: recolección de materiales, “restos”, y avance en su estudio con la ayuda de diversas disciplinas; valoración crítica y, finalmente, elaboración de síntesis. “Cualquier labor seria, en efecto, requiere que se alleguen suficientes materiales de estudio, que ellos sean valorados minuciosamente, que se los coordine con lógica rigurosa, para que la postrera operación en que sus resultados expláyanse, presente los recaudos que dan firmeza a las reconstituciones históricas”.<sup>9</sup> Si, contra el riesgo de relativismo operan las primeras fases del procedimiento, la síntesis le hace frente a un riesgo quizás considerado mayor, la dispersión. La serie, así postulada, continúa siendo “única y particular”, en tanto no alcance el estatus de síntesis. Monner Sans, al desarrollar estas nociones, remite al lector al pasaje de la *Lógica* de Croce en que se ocupa del “juicio individual”, aquel al que apela el italiano para dejar suturada la distinción entre “representación” y “pensamiento”, aquello que los hace reales, que articula los hechos particulares entre sí con expectativas de “reconstruir el todo”, en tanto media el pensamiento.<sup>10</sup>

9 José María Monner Sans, “La historia considerada como género literario”, *Humanidades* 2 (1921): 274.

10 Monner Sans, “La historia considerada”, 292. Monner Sans se ocupa allí de este asunto y remite a la *Lógica* de Croce frente a las limitaciones de Xenopol.

La posibilidad de abstraer invoca mucho más la capacidad imaginativa que la generalizadora, más asociada, esta última en cambio, a las ciencias naturales. Y desde aquí pueden relacionar la Historia con el arte, yendo bastante más allá de aquella apelación a saberes profesionales y recordando algo del genio romántico. Se apela a los hechos, pero ampliando, o variando, el alcance del término respecto de las lógicas científicas. El historiador puede decir lo que pasó, no tanto porque describa lo que ve en esos documentos, sino porque es permeable a sentimientos, detalles, anécdotas, un amplio abanico que le da la posibilidad de compenetrarse con lo que aparece en la trastienda de los fenómenos. Eso puede notarse en dos derivas: por un lado, aquella que podríamos entender como sesgo metodológico, cuando se establece el vínculo entre la historia y los desarrollos desplegados en el terreno del arte, sobre todo de la literatura, tal como lo presenta aquel texto de Monner Sans, al afirmar que es este tipo de expresión cultural la que permite al historiador acceder al “factor emocional” de las épocas. Pero, por otro lado, y a la base de esto, radica el hecho de que las expectativas de conocimiento para la historia, yendo más allá de los simples hechos, radican en un intento de apropiarse o dar cuenta de lo que se concibe como el “espíritu” de los diferentes períodos. La historia se ocupa ahora de los hombres y sus variadas manifestaciones. Se insiste en esto. Ya no la historia que dice de qué lado flameaba la bandera, sino, como se dice en el *Manual*: una historia que mira “cómo los hombres contribuyeron a consolidar la nación, cómo los oscuros obreros del pasado bregaron en la penumbra hostil de sus días difíciles”. Pero esas manifestaciones particulares, volviendo sobre lo que acabamos de decir, no cobran sentido sino porque permiten hacer una síntesis. Así, la historia da cuenta del “total de la vida del pasado...: arte, literatura, economía, organización social, espíritu religioso, industria, comercio, etc., etc.”,<sup>11</sup> en sus “definiciones preliminares”. Y eso mismo es lo que Ravignani sostiene cuando, mirando rápidamente al pasado para dar cuenta de los aportes de las novedades aún incipientes que trae la NEH, se refiere a, por ejemplo,

11 Rómulo Carbia, *Manual de historia de la civilización argentina* (Buenos Aires: Franzetti, 1917), 17.

“conciencia nacional” o “valores históricos”. De otro modo, es también lo que Ravnani rescata de Ortega y Gasset al reproducir extensas citas de *Las Atlántidas*: lo que da cuenta de los pueblos que se estudian, es su horizonte, el “horizonte planetario”, dice, que existe para los hombres de una u otra civilización. Al mirar las diversas manifestaciones de los pueblos, actos, ideas, gestos, usos, vemos allí “preformada la forma de su horizonte”.<sup>12</sup>

Y si es gracias a esta condición de la historia que el historiador se vuelve en parte filósofo, el rasgo más sobresaliente que los autores de la NEH destacan de esta historiografía, porque, haciendo historia, aparece por fin el espíritu del historiador, también de la mano de Croce, y es asimismo por ella que se despliega un elemento sumamente relevante: un modo de comprender el tiempo que se distancia radicalmente de la concepción evolucionista de que se disponía hasta entonces. El historiador trabaja sobre el pasado, reconociendo *pacientemente* –y esta es una característica mencionada por varios de los autores– el espíritu que prima en cada tiempo, espíritu al que podríamos también denominar con ellos “*Weltanschauung*”.<sup>13</sup> Precisamente de la mano de esta formulación idealista, se opera una interrupción del tiempo continuo. La mirada que atiende a los aspectos culturales, o que los hace primar como principio organizador de la historia, es la misma mirada que reconoce que cada

12 Ravnani, “Vislumbre”, 207. No resulta nada difícil articular esto con otras manifestaciones teóricas de la época, en particular con la consideración de los valores que le permitiría, por ejemplo, a Coriolano Alberini no sólo desplegar la “axiogenia”, sino, fundamentalmente, señalar el carácter productivo de las ideas, producto de valoraciones, sobre la historia efectiva, distinguiéndose explícitamente del materialismo. El momento de síntesis, sostenía Ravnani (“Vislumbre”, 203), en el que “el espíritu del historiador” aparece por fin. Se trata de un elemento que aglutina bajo una misma lógica a estos pensadores y que se despliega como una mirada culturalista de la historia, esa que quizás encuentre uno de sus principales exponentes en Ernesto Quesada.

13 Volviendo a lo que planteábamos arriba, si el vínculo de la historia y la filosofía son estrechos en Croce y mucho hace suponer que la proximidad aquí nos remite al italiano, esto también es parte de las críticas que la nueva historiografía le reclama al modelo de Ranke. Uno de los rasgos más sobresalientes de la nueva propuesta es el vínculo de la historia con otros saberes. Y esto, en última instancia, tiene que ver con el hecho que la historia tiene un nuevo objeto, ya no se trata exclusivamente de historia política. Aquí las dimensiones económica, social y cultural son ineludibles, en parte porque todas esas dimensiones juntas pueden dar cuenta del *espíritu de los tiempos* que se estudian, aspectos que hablan de la colectividad y su singularidad en el concierto de la humanidad, de su *civilización*. Recordemos, de paso, la importancia que ocupa aquí la noción de “psicología colectiva”.

pueblo tiene una expresión diversa y que es precisamente ésta, aislada, la que habla del carácter de los tiempos habitados por los pueblos. No es sólo una historia de hechos, sino también “del pensar”, dice Ravignani.<sup>14</sup>

Y entonces pueden verse al menos dos cosas: la más evidente, el historiador-intérprete puede relatarlo todo, ver algunas profundidades y leerlas con su arte. Producir un relato que se refiere a un todo, un espíritu de una época, decíamos. Pero al mismo tiempo, se parcializa la Historia, no sólo porque su material sea lo singular, sino principalmente porque las generalidades que construye se detienen en las épocas, sin buscar su encadenamiento. Estos autores no hablan de “evolución” ni de “progreso”. Sí de “civilización”, que parece coincidir con un carácter “humano”. Cada pueblo tiene un horizonte, dicen con Ortega, un espíritu individual. Cada momento supone series, que no van a articularse con otras en un gran relato, pero que sí van a ser valoradas y es por esta valoración que podrá hablarse de “grandes pueblos” o “grandes naciones”.

### 3.

Esto nos conduce a lo que creemos es el meollo de la cuestión a pensar. En lo que hemos desarrollado hasta aquí, vimos rápidamente algunas marcas de algo que se parece a un intento de renovación de la lógica, los conceptos, incluso los métodos, útiles al ejercicio de la historia y, consecuentemente, a la definición de historia. Son varios los elementos que sugieren la posibilidad de inscribir la propuesta de la NEH en un marco de racionalidad distante ya de la que se reconoce como moderna. Puede ser de interés avanzar apenas en esta línea.

Elías Palti, siguiendo a Foucault, se ocupa en diferentes trabajos de tematizar la posibilidad de reconocer diversas “eras” o “modelos” que permitirían pensar grandes torsiones operadas en Occidente en relación con los modos en que se concibe la temporalidad y desde allí la historia. Creo que éste es un aporte importante en relación con el objeto que

14 Ravignani, “Vislumbre”, 210.

tematizo en este escrito. Y esto sobre todo porque aquellas distinciones pasan en limpio algo que parece ser una constante entre los autores e intelectuales que de algún modo han formado el panteón oficial de nuestra historia intelectual.

A riesgo de caer en generalidades, me limito a mencionar el clásico motivo, tantas veces considerado “reformista” –de la Reforma Universitaria de 1918–, del *tiempo nuevo* o la *nueva generación*, con la consecuente autorización de Ortega y Gasset y sus desarrollos de las primeras décadas del siglo XX. Tal como se ha historiado, este movimiento implicaba una renovación respecto de una racionalidad “positivista”. No me interesan los mote que se usen, pero sí el hecho de que los protagonistas, y también sus historiadores han reconocido allí un cambio de posición propio de la época. Uno de los modos en que ese cambio se presentaba, y que no ha sido casi explorado por las investigaciones contemporáneas, tiene que ver con el modo cómo se conceptualiza la temporalidad. En efecto, aquellas nociones de “tiempo nuevo” y “nueva generación” no tienen sino, principalmente, una connotación temporal; hablan del tiempo y hablan de una novedad en ese sentido. Pero también hablan de la complejidad que implica la novedad, al referirse a un tiempo que conforma una “nueva sensibilidad”. Más allá de que es reconocido el hecho de que la lectura de Bergson era entonces moneda corriente, y en ese sentido no parece muy osado sugerir una manera singular de presentar el problema teórico del tiempo, creo que es preciso insistir en esto y, más específicamente, intentar vincular ese *clima de época* con lo que planteaban los autores de la NEH.

Es en ese sentido que volvemos a Palti, a lo que denomina “era de las formas”, un momento que se presenta como superación del modelo “genético-romántico” (que sería propio de lo que allí se denomina “era moderna”, que a su vez es posterior a la “clásica”, el modo como denomina a la ilustración). Por supuesto, el advenimiento de la “era de las formas” no sucedería de la noche a la mañana, sino a partir de alguna crisis o desestabilización que pone de manifiesto una aporía del modelo que se está superando, un punto ciego que la lógica genético-romántica, en este caso, no puede albergar. Y este movimiento se concentra, sobre todo, a juicio

de Palti, en el plano político. El punto ciego en el que nos encontramos, en el paso hacia el modelo de las formas, ubica en el centro la idea de “representación social”. Algo en íntima relación con lo que mencionamos a partir de la noción de “liberalismo reformista”. Si en el esquema del siglo XIX, la política podía ser presentada como expresión del desenvolvimiento natural del pueblo, que tenía al Estado como concreción; pensable, precisamente, como manifestación necesaria de un cuerpo en desarrollo –lo que Palti denomina “modelo historicista-genético”, o “romántico”, aquel que persistía en la propuesta historiográfica de Mitre o López–,<sup>15</sup> la crisis de ese esquema político llevaría también a otro modo de pensar la historia. La sociedad, ya no pueblo, devenía el resultado de la reunión de individuos, reconociendo con ello el lugar que ocupaban los grupos, los intereses y los antagonismos. La representación se transformaba en expresión de “una heterogeneidad de intereses sociales”, cita Palti a Rivarola, intereses que buscan tener su lugar en el Parlamento y disputan por él.<sup>16</sup>

Esta transformación opera al nivel de la temporalidad porque parece necesario asumir la interrupción de lo natural y necesario en lo que hace al agrupamiento social, aunque más aún supone la renuncia a una explicación de lo común que remitiera a algún origen. Si, ante este panorama, los hombres formados en las ciencias van a avanzar en el diseño de políticas de intervención y constitución de la sociedad, a la cohesión social, ello dejaría un vacío en términos de identidades que no resultaría tan fácilmente asimilable, máxime en tiempos del centenario, en que resultaba demasiado alto y peligroso el costo de aceptar el artificio como recurso capaz de amalgamar el cuerpo.

La torsión que se opera aquí, en lo que recorremos como signos de la NEH, es resultado de esa transformación y de la inestabilidad que

15 Aclaremos que las propuestas historiográficas de Bartolomé Mitre y de Vicente Fidel López, pero sobre todo las del primero, eran los modelos historiográficos disponibles y autorizados entonces en Argentina. Si en términos generales, y subrayando el contraste con la nueva propuesta, allí se reconoce un modelo de historia que atiende casi exclusivamente a los acontecimientos políticos, el modelo de Mitre, en particular, se organiza en función de una concepción según la cual aquellos eventos son efectivamente parte de un proceso único y homogéneo de desarrollo de las instituciones republicanas modernas en el Río de la Plata.

16 Elías Palti, *El momento romántico. Nación, historia y lenguajes políticos en la Argentina del siglo XIX* (Buenos Aires: Eudeba, 2009), 151-153.

provoca. Implica un corte radical respecto de la lógica de la evolución y el progreso, que puede ser captada, por ejemplo, al revisar el uso que entonces se hace de “nueva generación” y quizás incluso su apuesta por una resignificación no biologicista del término “generación”. Pero no podemos avanzar por aquí ahora. Lo que interesa en este marco es detenernos a reconocer cómo se articula entonces una nueva temporalidad que habilitaría otro modo de significar la nación, y cómo, con ella, las herramientas que despliega la NEH pueden ser reconocidas como parte de un dispositivo tendiente a reunir lo que quedaba entonces disperso.

En la lectura de Palti, Ernest Renan operaría como teórico de la transición de esquemas. Y, en particular, se rescata su conferencia de 1882, “¿Qué es una nación?”. El problema con el que se encuentra Renan, tratando de jugar con el paralelo, es muy parecido al que tienen los autores de la NEH: un pueblo vuelto sociedad y que, en tanto *conjunto de intereses heterogéneos*, resulta difícil de ordenar.<sup>17</sup> El concepto de nación vendrá a operar entonces como aglutinador, pero, y esto es lo que lo distancia del modelo moderno, o genético-romántico, a sabiendas de que se trata de un recurso político-cultural, con características y condiciones precisas. O, más contemporáneamente, a sabiendas de que al postular la nación se está ensayando un ejercicio performativo. Los hombres, dice Renan constanding una condición de hecho, *crean* una conciencia moral que se llama “nación”.<sup>18</sup>

Cuesta inscribir estos desarrollos en las lógicas que tenemos más aprendidas en torno a lo que consideramos un relato ilustrado o un relato romántico. Se corta aquí la naturalidad que vincula el presente con el pasado y futuro, propia del segundo, pero también se invoca un

17 Quizás este paralelo podría sostenerse también recordando la lectura que hace Clemente Ricci, un historiador próximo a la Escuela, del teórico francés: “Era una época azarosa aquella que le cupo vivir. La sociedad, sacudida por el terremoto napoleónico, parecía haber perdido para siempre la línea de equilibrio. Arriba el egoísmo orgiástico, abajo la ola de fango de la barbarie interna que subía y subía, fatal y tenaz en la demanda de muerte para un mundo en disolución. Y así sucedió, que, si quiso salvaguardar el tesoro de la cultura y defender la libertad, que es el más alto valor humano, el sabio, para ser sabio, tuvo que ser héroe. Mirémonos alrededor: el mismo sacudimiento social, la misma conturbación, la misma amenaza, el mismo peligro, las mismas tiranías en acecho.” Clemente Ricci, “Renan”, *Verbum* 17, n.º 60 (1923): 44.

18 Álvaro Fernández Bravo (comp.), *La invención de la nación. Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha* (Buenos Aires: Manantial, 2000), 66.

orden que, aunque construido voluntariamente, desplaza la pretendida voluntad libre de la ilustración. La creación en la que piensa Renan cuando se ocupa de la nación supone condiciones estrictas, un cuerpo social que restringe las posibilidades de dicha creación.

En esta complejidad, Renan sostiene algo que creo es central: la necesidad de olvidar. El olvido es condición de la unidad, es la creación misma, la dilución de las diferencias en una construcción que reúne lo diverso y le da un sentido homogéneo. Renán habla del olvido de la conquista y la violencia que supone la instalación de un grupo en un territorio habitado hasta entonces por otro: “La unidad se consumó siempre de modo brutal; el enlace de la Francia del Norte con la del Mediodía resultó de una exterminación y de un terror continuados durante cerca de un siglo”, cita Palti.<sup>19</sup> Si esa violencia debe ser olvidada, es porque no puede constituirse como el *leitmotiv* del agrupamiento. Y eso habla tanto de una preocupación por los signos de ese pasado que se comienza a construir como propio, cuanto, y quizás más, del presente. La violencia se olvida, no porque importe recrear una imagen idílica del pasado, sino porque recordarla sería boicotear la razón de ser de esa construcción, ir en contra de su necesidad: ¿de qué serviría relatar nuestra historia nacional si describimos allí a nuestros héroes como hombres sanguinarios y atroces? Pero, además, no puede descuidarse el hecho de que recordar esa violencia es recordar la heterogeneidad de todo agrupamiento, una memoria que conviene borrar ante un presente en conflicto. Y esto, sin duda, tiene consecuencias para el saber histórico.

Si hasta ahora, en un modelo de base hegeliana, el sujeto concentraba la unidad que daba garantías de continuidad al proceso histórico, hacia finales del siglo XIX y comienzos del XX, ese estatus del sujeto se ve alterado y hasta invertido. El sujeto, dice Palti, es fuente de la contingencia. Si se advierte que hay marcas de este movimiento entre los desarrollos de la historiografía de la NEH que analizamos, cabe recordar aquí lo que también sostiene Palti en relación con la nación: en

19 Elías Palti, *La nación como problema. Los historiadores y la cuestión nacional* (Buenos Aires: Fondo de Cultura, 2002), 83.

función de esa potencia interpretativa que le cabe al historiador, estamos en condiciones de reconocer precisamente que el sujeto, o mejor, el individuo, es ahora la garantía de la unidad, pero no por su vínculo con el Espíritu, sino por su potencia creadora de espíritu, hay una intencionalidad que es previa al ordenamiento nacional y al discurrir histórico. Es precisamente esta lógica la que aparece de la mano de las series, un conjunto de series, pero distinguidas, sin encadenamiento necesario. No hay anticipo, ni consecución, no hay condición o compromiso con el pasado *per se*, sólo aquel que circunstancialmente sea necesario y provechoso construir.

Y, en este sentido, resuena la recuperación que los autores de la NEH hacen de Croce, por ejemplo, y sus diversas formulaciones respecto de las características novedosas que adquiere ahora el conocimiento histórico, lo que mencionamos al referirnos arriba, precisamente a las “series”. La nueva temporalidad está a la base de esos planteos. Así, por ejemplo, Monner Sans puede decir que ya no hay leyes en la historia, porque se trata de una ciencia que toma como base a los individuos y que sólo a partir de éstos puede proponer un orden para la narración. Poner cada cosa, cada hombre, al interior de una serie, porque sólo allí, en esa relación, adquiere un sentido. Puesto el hombre en la serie a la que pertenece, dice Carbia, se puede discernir el “justo valor” que le es propio.

#### 4.

Esa temporalidad nueva está a la base también del modo cómo se piensa América, de la posibilidad de presentarla como novedad, un motivo tan recurrente en la época que toma cuerpo aquí, por ejemplo, de la mano de Ravignani, cuando cita a Ortega para decir que “el americano es el europeo moderno que renace en plena modernidad, exento de pasado”.<sup>20</sup> Una historia con un comienzo precisamente señalado. Es esta la lógica que está a la base de la lectura histórica del pasado nacional que ofrecen los autores de la NEH.

<sup>20</sup> Ravignani, “Vislumbre”, 201.

En ese marco, si –por razones de tiempo, de espacio y del ritmo de una investigación en curso– atendemos al primer capítulo de esa historia, la “historial colonial”, nos encontramos con un relato que parte de la aplicación inmediata de los presupuestos de esa configuración temporal que estamos reconociendo como novedosa. Si 1492 es instituido como inicio, tal como hacen los autores de la NEH, eso es a condición de reconocer que lo que entonces ocurrió fue obra de un individuo visionario, osado, llamado Colón, quizás uno de esos *oscuros obreros del pasado*. En el relato, no están contadas las necesidades de España, ni el estado de crisis que se vivía entonces en Europa. El llamado “descubrimiento” es un elemento más en el caos del tiempo. En el *Manual* se habla, incluso, de “contingencias del descubrimiento”.

Toda pretensión de definir y formar una nación supone una delimitación de sus fronteras, un cuadro que establece el límite simbólico, y, en ese marco, la propuesta de la NEH, leída al menos desde el capítulo de esa historia colonial, lo hace reproduciendo un modelo básico de tensión entre culturas, pero con un discurrir civilizatorio. Al referirse a ese pasado, escenifica la relación entre conquistadores y conquistados, recuperando relatos variados, que detallan acontecimientos para ser finalmente ordenados, seriados, en función de un esquema de civilización, que puede resultar paradójico con aquel culturalismo al que nos veníamos refiriendo, pero que le es intrínseco. La paradoja se desvanece desde el momento en que reconocemos la potestad del historiador para elaborar el sentido de la historia; ahí yace el culturalismo. Esta conquista, como la que mencionaba Renán, también supuso violencia y el relato intentará hacerla sistema, terminando por diluirla como tal. Si los hechos hablan de violencia, la síntesis permite olvidarla.<sup>21</sup>

21 Uno de los referentes del culturalismo de entonces es, nuevamente, Ernesto Quesada. Pese a las críticas que le dirige asumiendo la crisis del proyecto moderno, no puede reconocerse en su propuesta una renuncia al ideal civilizatorio europeo; al contrario, aunque pasado por el tamiz del relativismo, el mito de la Atlántida opera como telón de fondo. La crítica al esquema positivista se traduce también, coherentemente con la nueva temporalidad, en una crítica al evolucionismo –aquel que entonces todavía persistía entre, por ejemplo, los antropólogos y etnógrafos del Museo de Ciencia Naturales de La Plata– que, ubicando a los indígenas en un estadio anterior de desarrollo, validaba su estudio en función del vínculo natural que podía establecerse con ese pasado. Lo que vemos aquí, en cambio, es la interrupción de esa naturalidad en función de la nueva lógica. En ese marco, aquel pasado se recuerda mucho más como

En el marco de ese relato, la dominación de españoles sobre indígenas se hace legítima. Se declara “humanos” a los indígenas, recuerdan en el *Manual*, refiriéndose a las bulas papales de Paulo III, que interrumpieron en 1537 el tráfico de esclavos. Esa declaración habilitaba directamente la posibilidad de evangelizarlos, pero más incluso, aunque no se diga en ese texto, habilita ahora, a los ojos de la NEH, la exigencia que desde entonces pesa sobre los colonizados de respetar la ley de la corona española. El *Manual* no menciona esa condición, pero la convierte inmediatamente en un supuesto de todo un relato que legitima la dominación y la violencia, por falta de cumplimiento de la ley.

Pero más relevante aún que la introducción de ese supuesto de la historia es advertir que, en sintonía con esto, se elabora una heurística de la narración histórica que habilita las condiciones para que ese relato no sólo sea posible, sino que cumpla con las condiciones de un modelo de saber. En ese marco, se señala tanto la indiscutible autoridad de algunos individuos, enmarcados en ciertas instituciones para confeccionar la historia, cuanto el carácter interpretativo y por ello contingente de esa historia.

Lo primero nos lleva directamente a la consideración de los materiales con los que trabaja el historiador “profesional”. Entre ellos, el archivo, mérito muy celebrado de la NEH, que se construye sobre la delimitación de la “historia” y lo “histórico”. Con esa herramienta, la Escuela establece que 1492 es la fecha del inicio, que la condición es la escritura y que el idioma es el español. El archivo es el cuerpo de la América historizada atravesado por la pluma de sus *cultores*. Antes de esto, o al margen, sólo hay rumores o materiales informes. El archivo es la frontera.<sup>22</sup>

leyenda o relato mítico que ayuda a sostener la simbología del presente. Y esta novedad que trae la historia impone una condición para el tratamiento efectivo de los pueblos indígenas que aún persisten. Así, por ejemplo, en una conferencia ofrecida en La Paz, Bolivia, y reproducida en la revista *Humanidades*, de La Plata, en 1926, Quesada es bastante preciso al respecto. Valiéndose de Spengler, sostiene que el presente habilita el “ciclo cultural latinoamericano”, en el que una cuestión a pensar y resolver tiene que ver con “la incorporación de la raza indígena a la vida nacional”; un pueblo, el precolombino, dice, en “estado de barbecho” que, sin embargo, es necesario incorporar y “utilizar” en función de los intereses nacionales. Cfr. Ernesto Quesada, “Spengler en el movimiento intelectual contemporáneo”, *Humanidades* 12 (1926): 42-44.

<sup>22</sup> Se puede recordar aquí la sugerencia de Mario Rufer. Leyendo a De Certeau, destaca la presencia de la escritura como constatación de la posibilidad de occidente. Cfr. Mario Rufer,

Pero, junto con esto, es el narrador el que maneja el lenguaje y, en historiografía, el lenguaje se complejiza en una serie de reglas del quehacer profesional. Así, la escritura es condición, pero no basta. Así, por ejemplo, se refieren en el *Manual* a la violencia ejercida contra los indígenas en lo que sería luego territorio de Paraguay: hay documentos, pero no son de fiar, dicen, “es probable, dadas las características del momento y el espíritu de los conquistadores, que el régimen de encomiendas diera origen a atrocidades cometidas por los encomenderos contra los indios, pero aún la investigación no ha revelado la verdad. Como quiera que sea, sin embargo, no puede negarse que las encomiendas, con defectos o sin ellos, fueron la base del progreso de la conquista y de la colonización de la comarca paraguaya”.<sup>23</sup> Se impone así una variación importante en la lógica de la historización, si lo comparamos con las historias vigentes hasta entonces: se dice que no se relatan los hechos, sino que se los interpreta y eso es, efectivamente, lo que vemos que se hace en el *Manual*. La escritura no dice todo por sí misma, debe ser fiscalizada para que efectivamente se convierta en la imagen de la verdad. Allí, la interpretación.

Puede pensarse esto a partir de la doble funcionalidad que marca Bhabha para la narración en relación con los nacionalismos y que Pali recupera: entre lo “pedagógico” y lo “performativo”. Si, por una parte, busca establecer los rastros de un proceso de significación que, gracias precisamente al relato, se presenta como continuo y resulta por ello factible de ser invocado más allá de las condiciones efectivas del presente, para operar sobre éste, por la otra, el modo de concebir el estatus de ese relato y de autorizar con ello un modelo de saber histórico, no renuncia a su centralidad como sustento de ese mismo discurso. Renun-

“El perpetuo conjuro: tiempo, colonialidad y repetición en la escritura de la historia”, *Historia y Memoria* (2020): 278-279. Es interesante subrayar el gran despliegue de la NEH puesto al servicio de la reproducción de esa escritura que servía de base a su archivo. Recordemos que uno de sus principales proyectos consistió en la edición de numerosos volúmenes de series documentales.

23 Carbia, *Manual*, 353. Algo muy similar plantea Demetrio Acosta al reseñar a Ernesto Quesada: Quesada leyó a Las Casas y las noticias secretas de Ulloa, reconociendo allí “el reverso de la medalla que las leyes de Indias mostraron. Son las tesis y antítesis en sucesión constante. Son la luz y las tinieblas que se oponen eternamente”. Demetrio Acosta, “El seminario de Sociología del Doctor Ernesto Quesada”, *Verbum* 46 (1918): 84.

ciar implicaría una vuelta sobre supuestos de los que ya no dispone, o no quiere disponer. Si el relato terminado se pone al servicio de la necesaria homogeneidad de un cuerpo, las reglas de su construcción suponen la asunción de su imposibilidad o su ficción inherente. Junto con la exacerbación de los símbolos recurrentes del relato tendiente a sostener el sentimiento nacional, encontramos en la propuesta de la NEH el diseño de un modo de decir, pero, sobre todo, de un modo de conocer/hacer verdad que vuelve factible la producción de esos símbolos, y hay una producción material en este mismo sentido. Parafraseando a Bhabha, puede decirse que las condiciones del saber histórico son las condiciones de *autogeneración de la nación*.

Dos funciones que, quizás con cierta tensión conceptual, terminan por complementarse. Porque si, pedagógicamente, se establece una filiación y se reconoce un origen, inmediatamente se impone la posibilidad de pensar la temporalidad específica que supone la posibilidad del relato y de la autoridad profesional. Así, que se apele a la “madre patria”, respondiendo a una necesidad identitaria, no agota la propuesta. Parte insoslayable de ella es la afirmación de la posibilidad de señalar ese y no otro origen, es la posibilidad de imponer el modo en que los hechos se presentan, es la autorización que vuelve al historiador el hacedor de la historia. Pero incluso, esta segunda función parece condicionar la primera. Si puede reconocerse una nación es porque se han, previamente, habilitado los canales para poder decir eso que vincula. Estos, no ligan a América al mundo occidental en general, la ligan a España; no vinculan los sucesos americanos a una gran historia de un despliegue que sobrepasa los tiempos. Se puede fijar y fechar un inicio y se puede reconocer una forma de discurrir de lo que sigue. Y eso se observa por el recuento de los hechos relatados en las crónicas, pero también porque más allá, o a través, de éstas se deja ver a ojos sensibles los “lazos invisibles” que tenemos con España, los “argumentos puramente ideales: raza, lengua, religión, tradición, costumbres”, que una vez descubiertos “renuevan todas las fuerzas”, decía Quesada.<sup>24</sup>

<sup>24</sup> Ernesto Quesada, “El día de la raza y su significado en Hispano-América”, *Verbum* 46, 1918, 12. La misma expresión “lazos invisibles” vuelve a encontrarse en otros trabajos, como la Introducción de Julio V. González al libro de Ricardo Levene *Lecciones de historia argentina*, publicado en 1912.

**5.**

Tal como hemos sugerido arriba, la propuesta historiográfica de la NEH puede inscribirse en lo que Palti llama la “era de las formas”. Esto implica reconocer que aquí ya no opera la racionalidad moderna o clásica, con aquella temporalidad lineal e irreversible. Sigue habiendo una mirada homogeneizante y totalizadora que estructura el relato, pero éste ya no se pretende del estatus del gran relato moderno. No vemos traccionar la lógica de la linealidad y el progreso y se vuelve impensable hablar de irreversibilidad en un tiempo fragmentado ya de antemano.<sup>25</sup> Y, en otro registro, se sabe del carácter ficcional del relato. El historiador arroja su historia al mundo de la contingencia, porque de no hacerlo debería reconocer algo por encima de su propia capacidad de lectura, cuando ya no es tiempo de trascendencias. De otro modo: el desorden y la casualidad de la historia es la constatación de la propia potencia creadora del individuo.

Podemos regresar sobre lo dicho y retomar esa noción de performatividad de la que habla Bhabha, que no sólo permite pensar la tensión o ambivalencia constitutiva, como modo de advertir la operatividad supuesta en toda definición de “nación”, sino también el hecho de

25 Dado que, inicialmente, este texto fue pensado en relación con algunas claves de análisis enmarcadas bajo la lectura de Anibal Quijano de la colonialidad del poder y que, en ese mismo sentido, se recuperan aquí algunos aportes de las lecturas poscoloniales, advertir este desplazamiento en lo que hace a la temporalidad no es menor. La médula central de esos análisis reconoce el elemento más problemático de la lógica occidental en esa temporalidad continua, lineal e irreversible de la modernidad. Entonces, cabe la pregunta, si estamos ante otra concepción del tiempo, ¿debemos suponer que ya esa lectura crítica pierde su sustento? Rápidamente, podemos ensayar una respuesta negativa y es por eso que retomamos autores de esa tradición aquí, sobre todo algunos de ellos que, desde una actitud crítica, están dispuestos a revisar algunos supuestos de esa línea teórica. Las formas de dominación que se asientan en relaciones de poder colonial, aunque ello se haga a través de formas, institucionales y simbólicas, no coloniales, no requieren necesariamente de un discurso de base moderna. Hay que explorar aún esta vía, y hay que explorar aún cuán articulables son los aportes de la historia intelectual con los de estas lecturas críticas, porque ambas líneas suponen un modo bien diverso de pensar el tiempo y la historia. Pero ello no basta para descartar posibles vías de relación y aportes. A propósito de esta referencia, para evitar interpretaciones confusas de esta nota, parece conveniente destacar que la posibilidad o no de este tipo de análisis no depende en absoluto, en este caso, de que el objeto abordado por los historiadores de la NEH sea la historia colonial. El eje de la lectura pasa, no por el modo cómo entienden ellos esa relación colonial, sino por cómo construyen las condiciones de posibilidad del relato historiográfico para su presente. En ese sentido, resta todavía indagar en profundidad la historia de las independencias que propone la NEH, para lograr un panorama más claro de las principales características de este discurso historiográfico.

que ésta se establece sobre una *temporalidad transitoria*. Hacer *titubear* a la autoridad del saber, notar que sus significados pueden ser parciales, si habilita una mirada crítica desde nuestro presente, dice algo más cuando lo descubrimos operando en nuestro propio objeto de estudio. Cuando nuestro historiador se sabe dueño de un relato más entre otros. Y aquí me parece que la articulación entre la función pedagógica y la performativa cobra una potencia extra.

Esa potencia sugiere una cuestión más: ¿por qué?, ¿por qué ese relato? Considerando lo dicho, la respuesta no puede buscarse sino en la preocupación por el presente. No es raro que la recuperación que hace la NEH, junto a un amplio espectro intelectual de entonces, de la cultura española, sea leído como un intento de poner un freno al avance imperialista de los Estados Unidos y no parece una hipótesis poco justificada, ya que se enmarca con facilidad en muchas explicaciones de los nacionalismos. Sin embargo, también puede reconocerse la operatividad de aquel relato histórico hacia el interior, en relación con esa comunidad que busca constituir y la cohesión que se precisa, con la posibilidad de volver a hablar de “pueblo”. Esto lo que sugiere Fernández Bravo como una de las paradojas de este tipo de discursos, su “condición camaleónica”: si, por un lado, levanta banderas en pos de la libertad y contra la opresión, por el otro persigue y expulsa ante la amenaza interna de la homogeneidad.<sup>26</sup>

No parece necesario hurgar entre secretos para reconocer algo que, a condición de advertir esa conciencia de performatividad entre los autores leídos, puede notarse a simple vista. Podríamos intentar decir que se saben haciendo una historia para un presente, que saben de la función pedagógica de la historia y que saben que son ellos los que operan en el otorgamiento de los significados que esa historia necesita para cumplir su objetivo. Incluso, podríamos decir que saben que es necesario ocultar esa condición de invención –quizás de eso se trate la “profesionalización” a fin de cuentas. Al relato arcaico se le adosa indefectiblemente el tiempo presente, el *doble tiempo de la nación*, dice Bhabha.

<sup>26</sup> Fernández Bravo, *La invención*, 16.

A los autores de la NEH les preocupa el presente, de otro modo no se explica el esfuerzo destinado a intervenir en él a través de la historia y su esfuerzo de “profesionalización”, de otro modo no se comprendería la lógica misma que opera en el modelo de saber que propugnan y que hemos recorrido arriba. Toda historia es presente, obra del historiador que habla en un presente. *Toda historia es contemporánea*, decía Croce. Entonces, ellos mismos imponen la pregunta y sugieren la respuesta, aunque no lo digan abiertamente. Me arriesgo al formularla: ¿puede pensarse una analogía entre ese indígena del siglo XVI y el amenazante nuevo sujeto de la ciudadanía de principios del XX? ¿En qué medida esos individuos que hay que reunir en y con el relato de la nación no son amenaza de *inadecuación* sobre los que esta historia viene a intervenir, inventando, precisamente, el marco de adecuación? Aunque falten elementos para responder la pregunta, hay suficientes para sostener su pertinencia.<sup>27</sup>

Y esa pertinencia es la que nos remite al inicio de este escrito. El estudio de las reglas del saber historiográfico no supone tanto una pregunta epistemológica cuanto una inquietud política. Porque el historiador profesional es, con todo este despliegue, el individuo –cuando no Escuela, cuando no corporación– autorizado por esas mismas reglas, en estrecha coherencia con esas condiciones del saber, que va a elaborar las bases necesarias para la construcción de una subjetividad *nacional*, ante la ausencia del pueblo. Y es por eso que esas mismas reglas se convierten inmediatamente en objeto de disputa.

27 Sólo a los fines de apuntalar el interrogante, parece pertinente volver a la caracterización de Forte del clima conflictivo que ronda la aprobación de la Ley Sáenz Peña y los primeros pasos dados en el marco de esa ley. En estrecha sintonía con lo que relata David Rock, lo que habría llevado a esa renovación jurídica no habría sido un cambio a nivel social, ni a nivel de distribución social del poder político, sino una disputa interna a la oligarquía. El sufragio es visto como una concesión que busca dar más continuidad que cambio respecto de las viejas formas políticas, pero ahora con un nuevo escenario social y económico, con la amenaza de la conflictividad social en puerta. Comparado con otras reformas similares en otros países, en Argentina las clases emergentes de entonces eran sectores medios urbanos, vinculados a la burocracia federal y al sistema de exportación, y nuevos terratenientes. Ambos grupos estaban integrados económicamente al orden social, aunque excluidos políticamente. Esa homogeneidad social o económica no llevaba, en consecuencia, a sostener reformas políticas radicales; por eso la reforma fue mínima, en los papeles y en la realidad: se trató de la ampliación de la participación dentro de los límites del poder oligárquico. Cfr. Ricardo Forte, “La transición al liberalismo y el sistema electoral en Argentina: de la doctrina de Juan Bautista Alberdi a la reforma Saez Peña”, *Estudios Sociológicos* XV, n.º 44 (1997): 371-402.

## BIBLIOGRAFÍA

- Acosta, Demetrio. "El seminario de Sociología del Doctor Ernesto Quesada". *Verbum* 46 (octubre de 1918): 80-84.
- Bertoni, Lilia. "Construir la nacionalidad: héroe, estatuas y fiestas patrias, 1887-1891". *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, tercera serie, 5 (enero-junio de 1992): 77-111.
- Bhabha, Homi (comp.). *Nación y narración. Entre la ilusión de la identidad y las diferencias culturales*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2010.
- Binayán, Narciso. "Los fragmentos históricos en la Argentina". *Valoraciones* 5 (1925): 207-211.
- Buchbinder, Pablo. "Vínculos privados, instituciones públicas y reglas profesionales en los orígenes de la historiografía argentina". *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani* 13 (1996): 59-82.
- Buchbinder, Pablo. "Entre la historia, la política y las aulas: reflexiones sobre la trayectoria". *Polhis* 25 (2020): 44-72.
- Carbia, Rómulo. *Manual de historia de la civilización argentina*. Buenos Aires: Franzetti, 1917.
- Carbia, Rómulo. "La revisión de nuestro pasado". *Cuadernos del Colegio Novecentista* 5 (1918): 69-72.
- Cattaruzza, Alejandro. "La historia y la profesión de historiador en la Argentina de entreguerras". *Saber y tiempo* 12 (2001): 107-139.
- De Oto, Alejandro. "Notas sobre el oficio de historiar y la colonialidad". *Anuario de Historia* 13, n.º 22 (2022): 13-28, <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/anuariohistoria/article/view/40392/40639>.
- Devoto, Fernando (comp). *La historiografía argentina en el siglo XX*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 2006.
- Devoto, Fernando, e Nora Pagano. *Historia de la historiografía argentina*. Buenos Aires: Sudamericana, 2009.
- Djenderedjian, Julio. "Un siglo del Boletín". *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani* 57 (2022), <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=379471707002>.
- Eujanián, Alejandro. "Paul Groussac y la crítica historiográfica en el proceso de profesionalización de la disciplina histórica en la Argentina a través de dos debates finiseculares". *Estudios Sociales* 9 (1995): 37-55.
- Fernández Bravo, Álvaro (comp). *La invención de la nación. Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha*. Buenos Aires: Manantial, 2000.
- Forte, Ricardo. "La transición al liberalismo y el sistema electoral en Argentina: de la doctrina de Juan Bautista Alberdi a la reforma Sáenz Peña". *Estudios Sociológicos* XV, n.º 44 (1997): 371-402.
- Martin, Fugler. "Fondateurs et collaborateurs, les débuts de la *Revue de Synthèse Historique* (1900-1910)". *Revue de synthese* I e II (1996): 173-188.
- Martínez, Beatriz. "Los fundamentos filosóficos de la nueva escuela histórica a través de la polémica Ravignani-Carbia (1925-1927)". *Anuario de Estudios Americanos* 44 (1987): 1-31.
- Monner Sans, José María. "La historia considerada como género literario". *Humanidades* 2 (1921): 263-293.
- Palti, Elías. *La nación como problema. Los historiadores y la cuestión nacional*. Buenos Aires: Fondo de Cultura, 2002.
- Palti, Elías. *El momento romántico. Nación, historia y lenguajes políticos en la Argentina del siglo XIX*. Buenos Aires: Eudeba, 2009.

Quesada, Ernesto. *La enseñanza de la historia en las universidades alemanas*. La Plata: Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, 1910.

Quesada, Ernesto. “El día de la raza y su significado en Hispano-América”. *Verbum* 46 (1918): 7-20.

Quesada, Ernesto. “Spengler en el movimiento intelectual contemporáneo”. *Humanidades* XII (1926): 9-47.

Ravignani, Emilio. “Vislumbre de nuevas orientaciones del concepto de historia”. *Verbum* 64 (1925): 202-210.

Ravignani, Emilio. “Los estudios históricos en la República Argentina”. *Síntesis* 1 (1927): 51-68.

Ricci, Clemente. “El peligro universitario en los estudios históricos”. *Humanidades* 3 (1922): 339-354.

Ricci, Clemente. “Renan”. *Verbum* 17, n.º 60 (1923): 18-44.

Ricci, Clemente. “El método del americanismo”. *Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas* 29 (1926): 1-11.

Roldán, Darío. *Crear la democracia* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2006).

Rufer, Mario. “El perpetuo conjuro: tiempo, colonialidad y repetición en la escritura de la historia”. *Historia y Memoria* (2020): 271-306.

Rufer, Mario, e Valeria Añón. “La disputa de la colonialidad: representación, temporalidad, mediación”. *CHUY. Revista de Estudios Literarios Latinoamericanos* 12 (2022): 67-94.

Zimmermann, Eduardo. *Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina 1890-1916*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1995.

#### Referência para citação:

Galfione, María Carla. “Por una historia profesional y cívicamente responsable: los primeros años de la Nueva Escuela Histórica”. *Práticas da História, Journal on Theory, Historiography and Uses of the Past*, n.º 17 (2023): 233-261. <https://doi.org/10.48487/pdh.2023.n17.31189>.